

PIZZURNO, PABLO, "LA ESCUELA COMO FACTOR DE PROGRESO SOCIAL"

Revista de Educación, N° 3, junio-julio-agosto de 1923, Sección Redacción, pp. 442-449.

La escuela como factor de progreso social

Conferencia del Prof. Pablo A. Pizzurno

Auspiciada por el Instituto Popular de Conferencias, el Profesor Pizzurno dió el 13 del mes de julio próximo pasado, en el salón de actos públicos del diario «La Prensa», una conferencia en la que desarrolló el tema: *La escuela como factor de progreso y de felicidad individual y colectiva en un pueblo.*

Personalidad bien caracterizada en los círculos docentes del país, el distinguido conferencista fué presentado al auditorio con las siguientes palabras del señor Ernesto de la Cárcova:

Una vez más el Instituto Popular de Conferencias entrega hoy su tribuna para tratar una cuestión docente dentro del vasto y complejo problema de la instrucción pública en nuestro país.

La enseñanza es tema de constante preocupación y es función social y de gobierno de alta importancia en todo país civilizado. Entre nosotros, ese cometido adquiere aun mayor trascendencia dadas las características de una nacionalidad en formación, dentro de un vasto territorio en el que se hallan diseminadas incipientes y heterogéneas poblaciones, y a todo ello, los nuevos rumbos que toman las ideas, y las nuevas exigencias de la vida moderna.

Considero que tan arduo problema hemos de resolverlo por medio de la escuela, por ser ella el agente más eficaz en una democracia para alcanzar los altos ideales de progreso moral, intelectual y material.

La presencia del señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Marcó, que honra y preside este acto, tiene el significado de la importancia que ha de acordarse a estas cuestiones.

Enunciado el tema de nuestra reunión, debo ceder la palabra al señor Pablo A. Pizzurno que, por su alta competencia en

estas materias y la consagración de toda una vida, ha de dilucidar con elocuencia y espíritu práctico lo que significa *la escuela como factor de progreso y de felicidad individual y colectiva en un pueblo*.

No por eludir una grata misión, sí para estar en la verdad, debo reconocer que el señor Pizzurno no necesita de presentación ante vosotros; seguimos todos, con respeto y admiración su labor patriótica y persistente como un apostolado; le hemos visto, siempre, dentro de ese concepto, que Estrada anhelaba para el maestro; «que eleva la función del magisterio a la dignidad del sacerdocio, maestro por vocación espiritual y por consagración de todas las horas».

En la escuela primaria, en la enseñanza secundaria y especial, y en los más altos cargos directivos del Ministerio de Instrucción Pública y Consejo Nacional de Educación, el señor Pablo A. Pizzurno predica y construye; organiza el instituto de enseñanza secundaria y primaria, reúne los primeros congresos pedagógicos en nuestro país, y nos representa en varios otros celebrados en el extranjero, y en medio de toda esa fecunda labor halla tiempo aun para publicar más de 30 obras sobre temas de educación.

Cuando todo otro hombre consideraría bien cumplida su misión, cuando la misma ley de jubilaciones le reconoce ese derecho, él continúa, empujado por su propio ideal, recorre el interior de la República, empeñado en difundir la buena semilla de la educación y la cultura nacional, y es por esto que aceptando la invitación del Instituto Popular viene hoy a ofrendarnos el resultado de sus meditaciones y experiencia, por lo que en nombre de nuestro Consejo le expreso su agradecimiento y le pongo en posesión de esta tribuna.

LA CONFERENCIA

«Agradezco doblemente a las autoridades de este Instituto —comenzó diciendo— primero por el honor que me dispensan al permitirme que ocupe su alta tribuna de tan prestigiosas re-

sonancias en todo el país y fuera de éste, y segundo por el hecho de que me brindan así la oportunidad de hablar de cosas que son gratas para mí, como que al servicio de ellas he consagrado mi existencia. El asunto de mi disertación es de suyo muy amplio, y por ello tendré necesariamente que procurar limitarme a lo fundamental en el deseo de no exceder el tiempo, siempre escaso, de que en una conferencia se dispone para dilucidar materia tan complicada.

Al considerar de un modo general la organización de la escuela argentina, puedo afirmar que es superior a todas las de los países sudamericanos y hasta a algunos de Europa. Bien es verdad que sólo conozco personalmente las escuelas de Suecia, Noruega, Suiza y Bélgica, donde pasé días inolvidables, y que sólo por lecturas me ha sido dado apreciar el estado y el papel de las naciones de esta parte de América. No estoy habilitado para disertar sobre ellas comparándolas con la obra realizada por la nuestra, pero esta deficiencia no perjudicará en nada al asunto, porque voy a concretarme a la escuela nacional, que es lo que nos interesa.

Me permito recordar que tengo conquistada la fama de ser un «envenenado», sencillamente porque he entendido siempre cumplir con un deber elemental al decir la verdad acerca de las muchas fallas de nuestros métodos escolares. Hase creído que con este afán mío, ingrato, sin duda, sólo realizo el propósito de perjudicar situaciones personales de los funcionarios inevitablemente aludidos en mis críticas, pero debo insistir una vez más en que nada más ajeno a mi espíritu que tal pensamiento. En toda mi actuación de la enseñanza y en todas las publicaciones que llevo hechas, nada ha podido inclinar a mi espíritu a particularizar de tal modo las críticas, dolorosamente justificadas, que he formulado acerca de los errores de conceptos y de aplicación que he encontrado por mi personal experiencia en las cosas de la escuela nacional.

La situación actual de la sociedad está caracterizada por una grave subversión de las ideas morales, y deseándose encontrar

la explicación de tal hecho, búscanla algunos en el papel de la escuela, que en su concepto no cumple digna y eficazmente con su misión, que reclama desde ha tiempo nuevas orientaciones. Dícese que la escuela ha fracasado porque enseña poco y mal: de donde derivan la superficialidad, el verbalismo, los conocimientos mal elegidos, que excluyen la posesión de otros más necesarios. El capítulo de cargos se amplía al imputarle también la omisión de que no da al niño disciplina mental, que es tan importante o más que el saber concreto; que no prepara el autodidacta; que descuida la formación moral, que es esencial, al prescindir también de la cultura estética y de la educación cívica; que casi no existe la educación práctica en su triple aspecto manual, físico e higiénico.

Como síntesis expresiva de tal fracaso, puede recordarse el distingo fundamental que Montaigne establecía sabiamente entre cabeza formada y cabeza llena, al aludir a las dos orientaciones de la enseñanza: a la verbalista y superficial, de un lado, y a la concreta y benéfica, del otro.

Afirmo desde luego, que contamos con un núcleo considerable de maestros excelentes, y esta manifestación mía expresa únicamente la verdad, pues muy lejos está mi temperamento de adulterar la realidad de los hechos con el propósito, que en este caso sería subalterno, de halagar a aquéllos que tan bien saben cumplir con los deberes esenciales que les están confiados. En cambio, declaro enfáticamente que la escuela argentina, tomada en una visión de conjunto, merece que se la critique por las deficiencias que dejo recordadas. Sostengo que en ella no se cumplen sus fines al hacer «menos» de lo que se ha «debido» y «podido» hacer. Más aún: creo que en vez de adelantar hemos retrocedido positivamente en los últimos tiempos, y no de un modo relativo sino en «absoluto».

Sostengo que el «fracaso» no obedece en nada a las «orientaciones» de tiempo atrás impresas a la escuela. Los maestros egresados de las escuelas normales de Paraná, de esta ciudad, de Tucumán y los que antes trajera Sarmiento desde Estados

Unidos, supieron llenar cumplidamente su noble ministerio, porque tenían en sus pechos el fuego sagrado de la vocación y el entusiasmo infatigable que requiere la ardua tarea de despertar hábilmente la mente del niño mediante la infiltración de la luz del saber. ¿Cuál fué el programa que cumplieron en tal empeño? Se dijeron: es necesario preparar para la vida, por lo tanto debemos educar e instruir teniendo presente que el individuo, además de poder bastarse a sí mismo, debe ser útil para los suyos y para la sociedad. Desde este punto de vista se requiere que en el alumno concurren estos dos conceptos: ser y saber, doble desiderátum, para cuya conquista no pudo prescindirse en instante alguno de las leyes de la evolución moral, mental y física del niño.

Bajo el influjo de tales objetivos surgieron a la vida profesional los primeros normalistas, que fueron bien luego, por obra del amor con que se aplicaron a la realización de sus ideales, motejados de Quijotes, y en aquella falange y en este dictorio contábame para mi honra Torres, Van Gelderen, Caprile, Lupo, Holmberg, Villafañe y otros muchos son figuras noblemente destacadas en las tareas de la enseñanza, como que todos ellos han dejado inolvidable recuerdo de su actuación. En la necesidad de enaltecer más el homenaje de justicia que les rindo, debo recordar que ellos acostumbraban a reunirse para procurar una mayor intensidad de su acción pública y estudiaban y luchaban por sus ideales en conferencias, revistas, libros y diarios. El ambiente les era más propicio y las autoridades les respetaban y estimulaban.

Todo ello está ausente de las prácticas actuales, y tal hecho reclama con verdadera urgencia que tratemos de poner otra vez a foco el fin de la escuela, sin olvidar por cierto las viejas y sanas orientaciones de fundamentos incommovibles y sin excluir los progresos ya realizados. No olvidar que el eje de todo es el maestro y que por tanto debe ser colocado en condiciones de que pueda trabajar sin dificultades. Insistir ante la opinión pública a fin de que comprenda todo el valor que deba darse a

la escuela y en consecuencia que no tolere que se confíe su gobierno superior sino a quienes tengan «capacidad probada» y las demás condiciones personales que importan una seria garantía de que ha de consagrar sus aptitudes y desvelos con «amor» y «perseverancia» al cumplimiento de sus deberes.

El secreto del éxito no está, en este caso, en la letra de las leyes, planes, programas y reglamentos, sino en los «hombres», los «hombres» y los «hombres» que dirigen su aplicación inteligente e incesante. La lucha que venimos sosteniendo es ardua y de positiva trascendencia y nadie podría razonablemente pedir para las tareas directivas de tan singular combate la acción de funcionarios que no estuviesen capacitados para cumplirlas digna y proficuamente. Sírvanos de ejemplo convincente el hecho, por ejemplo, de que la municipalidad exige un previo examen a todo el que quiere ser «chauffeur», y remontando la vista a altas categorías de conocimientos nos bastará con recordar que Foch fué entre los más dignos elegidos para las funciones superiores de la gran guerra. Así, pues, surge con evidencia la necesidad de que las tareas educacionales no deban ser encargadas a políticos, que aun dotados de toda la buena voluntad del caso no alcanzarían a suplir el fuego sagrado de la vocación del magisterio.

Y si tal es la exigencia imperiosa de reforma, por lo que concierne a la formación del Cuerpo directivo, no debe silenciarse que la organización de los programas de estudio y su desarrollo en la práctica constituye una de las más fundamentales fallas de la escuela argentina. La multiplicidad de las materias que hay que estudiar y la escasez del tiempo de que se dispone para ello comportan de consuno el error grave y ya inveterado de creer que el niño puede asimilar con ventaja para sí y los suyos nociones que apenas si interesan su oído por un instante, máxime cuando abandona las aulas, por lo general, más del cincuenta por ciento, según cuadros estadísticos del año pasado, al egresar de primer grado. La verificación de tal actitud en el educando equivale implícitamente a un verdadero fracaso de la

escuela, desde que éste nada puede aprovechar de los conocimientos rudimentarios que el programa reserva para los grados sucesivos hasta el sexto. Y significa también el descreimiento con que las gentes consideran la finalidad benéfica de la escuela.

La crisis cobra de tal suerte importancia singular, porque se agrava más todavía por obra de las escuelas normales que se fundaron a granel. La enseñanza oficial preparaba profesionales que luego egresaban de sus aulas, pero que puestos en la tarea no han conseguido hacer que sus esfuerzos fueran benéficos por el sistema de organización que dejó criticado. Agréguese luego la influencia del ambiente general sobre ellos y se comprenderá fácilmente que van al cumplimiento de su misión con espíritu frío y alicaído, que no aciertan a reaccionar, porque no se sienten estimulados por una política bien ordenada de todo lo que atañe a estos delicados asuntos. De ahí deriva, como triste consecuencia, que en materia de educación física, higiénica y manual carezcamos de edificios apropiados, de plazas para dicho fin y hasta de patios. En orden al desarrollo directo de la inteligencia, nada se hace para aprovechar la curiosidad infantil y todo se subordina de modo implacable a las normas rígidas del horario, con lo que se frustra por completo el propósito, dado que no se le enseña a estudiar y por lo tanto se le aleja de la posibilidad de que llegue a ser un autodidacta. En lo que concierne a educación moral y estética, no se ha conseguido que las aspiraciones generosas que presidieron a su implantación obtuvieran en la realidad los frutos que se esperaban. El patriotismo mismo, con ser una religión, no ha sido bien fomentado en el alma de los educandos, porque no es medio conducente a tan noble virtud el hecho de que niños de tierna edad canten el Himno Nacional con frecuencia y juren la bandera. La solemne ceremonia escápasele en toda su trascendencia, por la natural incompreensión de su espíritu infantil.

Ante estas criticables desviaciones que en la práctica se han producido de las normas directivas y de los propósitos fundamentales de la institución de la escuela, podemos aseverar sin

vacilación que tales hechos no deponen en contra de la excelencia de las orientaciones de la enseñanza, sino que permiten afirmar que éstas no han sido cumplidas. En la distribución de las responsabilidades, destácase las que corresponden al gobierno porque a menudo no acierta en estas delicadas cuestiones, y no acierta porque no las entiende, o porque cree que lo que realiza es lo único que se puede hacer. Y esta crisis se ahonda por el hecho de que los mismos técnicos que provienen de las escuelas normales carecen del espíritu, de ese fuego sagrado de la vocación que es luz insustituible y calor de entusiasmo cordial que nada puede igualársele.

El cuadro que así dejo bosquejado de las serias deficiencias de que adolece la escuela primaria no abate, sin embargo, las energías de mi optimismo, que espera sin impaciencia la hora en que habrá de ser posible la recolección de los beneficios que aquélla habrá de producir con abundancia, siempre que se la provea de los recursos necesarios y se la haga actuar en forma apropiada dentro de la orientación que se le tiene señalada. Y si, acaso la cosecha fuese demorada por ser obra de lenta gestación, nos consolaría como premio de nuestros afanes el ejemplo que nos da el que planta un roble, cuya sombra no habrá de refrescarle, pero que él deja para las generaciones que le sucedan».

El señor Pizzurno fué muy aplaudido en el transcurso de su interesante disertación, y cuando terminó recibió las felicitaciones de muchos de sus oyentes.»

TODA CRISIS SOCIAL O POLITICA de un pueblo nuevo, no es en el fondo sino un problema de educación. Por eso, en la acción del maestro de escuela está el secreto del porvenir del país.